**La santidad**

Por su servidor Russell George

Cuando hablamos de la santidad la gran mayoría de los creyentes están de acuerdo, pero cuando llega el momento de ponerla por obra muchas veces hay una manifestación de mala gana. Dios dice, “Sed santos, porque yo soy santo”. Él dio este mandamiento a su pueblo Israel en Levítico 11:44. En I Pedro 1:16 él exige lo mismo de nosotros. En la religión, es costumbre que un pueblo intente imitar y conformarse al dios que adora. Si su religión es animista, puede ser que adoren animales. Si es así, no será difícil llegar al nivel de su dios. Lo que Dios pide de nosotros es que seamos como él.

El hecho de ser santo como nuestro Dios exige que formemos nuestro carácter de conforme a su carácter. Significa que aprobamos lo que Dios hace en vez de juzgar sus acciones. Significa también que nos esforzamos a vivir de tal manera que seamos agradables a él. Colosenses 1:10 dice, “Para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios”.

Por leer la Biblia sabemos lo que agrada a Dios. En una concordancia podemos buscar la palabra “abominación” y saber lo que no agrada a Dios. Entre lo que se encuentra que es una abominación a él son: estafar (Deuteronomio 25:16); labios mentirosos (Proverbios 12:22); homosexualidad (Levítico 18:22); seguir dioses ajenos (Deuteronomio 12:30-31); y el andar en caminos de impíos (Proverbios 15:9). El Nuevo Testamento, en Gálatas 5:19-21, nombra las obras de la carne. Entre ellas son adulterio, fornicación, idolatría y hechicería.

Dios quiere purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras (Tito 2:14). La purificación es una obra del Espíritu Santo. El nos convence del pecado (Juan 16:8) y nos guía en el camino recto (Romanos 8:14). Es por eso que las iglesias deben tener normas y exigir que sus miembros las respeten. Una iglesia sin normas es un mal testimonio de la santidad. Cuando nos enfrentamos con la triste tarea de disciplinar a alguien que no está practicando la santidad a veces se nota que hay mala gana.

La santidad no es una norma más allá de lo que somos capaces de mantener. Dios no pide de nosotros lo que no somos capaces de cumplir. Filipenses 4:13 dice, “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”. Debemos poner por obra lo que I Timoteo 5:21-22 exige. “Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, y de sus ángeles escogidos, no haciendo nada con parcialidad. No impongas con ligereza las manos a ninguno, ni participes en pecados ajenos. Consérvate puro”.